

Filosofía y literatura en la “reacción antipositivista” argentina

Natalia Bustelo

Universidad Nacional de La Plata – Conicet - CeDInCI

Resumen

El campo filosófico argentino tiende a profesionalizarse hacia fines de la década del diez, en un contexto de fuerte efervescencia intelectual ligado a las repercusiones de la Primera Guerra Mundial y el inicio de la Reforma Universitaria. El presente trabajo reconstruye la disputa, producida en esos años decisivos, entre quienes adhieren a una filosofía positivista y quienes se proponen introducir las nuevas corrientes antipositivistas, para luego concentrarse en el intento de la “reacción antipositivista” de establecer una formación filosófica que se preocupa fuertemente por las cuestiones estéticas y éticas, y trama una estrecha alianza con la literatura.

Palabras clave

Positivismo Argentino - Antipositivismo Argentino - José Ortega y Gasset - Filosofía y Literatura - Colegio Novecentista

Introducción

Durante las primeras décadas del siglo XX, la producción escrita argentina encargada de reflexionar sobre el hombre y lo social estuvo marcada por las aproximaciones rivales que ofrecían la cultura estética (en un principio asociada al modernismo literario que moderaba Rubén Darío) y la cultura científica, así como por el proceso de especialización de las actividades intelectuales. Como es conocido, es en ese periodo que emerge la figura del intelectual moderno y que el saber literario y el filosófico adquieren una estructura más definida (Terán 2008: 156-161).

Asimismo, cuando a comienzos de siglo la construcción de una nación argentina se tope con importantes cuestionamientos (sobre todo, la conflictividad obrera, la heterogeneidad social que se registra con la creciente inmigración y el ascenso de las clases medias al poder estatal), las soluciones que ofrezcan los intelectuales locales tenderán a oscilar entre la profundización de la matriz científicista, que ya estructuraba las instituciones estatales, o bien la configuración de una cultura integral ligada a los valores grecolatinos y a las nuevas corrientes idealistas que llegaban de Europa.

Entre los jóvenes identificados con una “nueva generación”, esta disputa entre la veneración de la racionalidad científica y la adhesión a una cultura integral tiene cada vez más protagonismo en la década del diez, y comienza a dividir especialmente a los interesados por los estudios filosóficos, al punto de que en la década siguiente una nueva generación antipositivista logra desplazar al positivismo de su hegemonía en las carreras de filosofía de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). En ese desenlace jugó un papel importante la “nueva sensibilidad” que emergió de los interrogantes abiertos por la irrupción de la Gran Guerra, la Revolución Rusa, la experiencia política democrática y la Reforma Universitaria; pero también los horizontes teóricos que posibilitaban las nuevas corrientes de pensamiento europeas fueron decisivos, sobre todo para que en el ámbito académico el saber literario y el filosófico adquirieran un perfil más profesional (Vasquez 2000: 59).

Pero junto a esa búsqueda de profesionalización, ambos saberes se concibirán a sí mismos en estrecha relación con la cuestión moral. En cuanto a la filosofía, tanto quienes la asocian a la ciencia como quienes la emparentan con la cultura estética, acuerdan en que aquella -al igual que la literatura nacional- está llamada a remediar la “crisis moral”, esto es, el creciente utilitarismo de una nación que había logrado el “milagro económico”. Así, según desarrollaremos en las páginas siguientes, cuando la tímida “vanguardia filosófica” local recepciona las filosofías antipositivistas europeas (especialmente, la renovación cultural de Eugenio d'Ors y José Ortega y Gasset, el vitalismo de Henri Bergson, el neokantismo de Hermann Cohen y el idealismo de Benedetto Croce y Giovanni Gentile), lo hace no sólo porque busca constituir un campo de saber filosófico autónomo respecto de la ciencia, sino sobre todo porque cree encontrar en esas corrientes una herramienta eficaz para remediar el problema cultural de la nación. Frente al “idealismo experimental” de *El hombre mediocre* (1913) y *Hacia una moral sin dogmas* (1917) con el que la figura emblemática del cientificismo, José Ingenieros, había logrado interpelar moralmente a las juventudes, los nuevos filósofos proponen un idealismo ligado a la cultura estética que recién tendrá una expresión sistemática en *La libertad creadora* (ensayo publicado originariamente en 1920 y en versión ampliada en 1922) de Alejandro Korn, la personalidad local más reconocida entre la reacción antipositivista. Este “idealismo estético”, según veremos, propone un decidido estrechamiento de la filosofía con la literatura, y más específicamente con la valoración de lo grecolatino que habían puesto en circulación muchas de las producciones del modernismo literario, y de la que también se valía por entonces Ricardo Rojas para “fundar” la literatura argentina y el saber profesional en torno de ella, desde su cátedra de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) y de su *Historia de la Literatura Argentina* (cuyo primer tomo, *La Gauchesca*, aparece en 1917) (Altamirano 1983: 115).

El campo filosófico porteño

En el repaso de los hitos de la profesionalización del saber filosófico, uno destacable es la fundación en 1915 de la *Revista de Filosofía* (1915-1929) por Ingenieros. De aparición bimestral, la publicación agrupa a los intelectuales locales ligados al cientificismo, muchos de ellos profesores en la FFyL y la Facultad de Medicina de la UBA, y de las equivalentes facultades de la UNLP. Estos intelectuales difunden artículos, dirigidos a un público no especializado, en los que tienden a

proponer una continuidad entre la filosofía (específicamente la psicología y la pedagogía) y los últimos avances de las ciencias biológicas.¹

Si bien antes de la aparición de la *Revista de Filosofía* existen voces que cuestionan la alianza de la filosofía con la ciencia, es luego de la visita de Ortega y Gasset en 1916 que el frente positivista agrupado en torno de Ingenieros comienza a reconocerse cuestionado. Aunque el filósofo madrileño no era aún una figura consagrada en el ambiente local (sólo se conocían sus artículos periodísticos y las obras *Meditaciones del Quijote* y *Personas, obras, cosas...*) e incluso la Institución Cultural Española gestiona su llegada luego del frustrado intento de traer a Unamuno,² sus conferencias sobre la relación de la filosofía con la vida espiritual habrían logrado despertar un gran interés entre los porteños. Recuerda en su vejez Julio Noé, quien sería uno de los jóvenes entusiastas de la “reacción antipositivista” y entablaría desde esa primera visita una estrecha y prolongada amistad con Ortega:

El joven profesor que había sucedido a Salmerón en la cátedra de metafísica de la Universidad de Madrid vino a Buenos Aires a instancias de la *Institución Cultural Española*, que luego de traer a Menéndez Pidal intentó sin éxito hacer lo propio con Unamuno. [...] Poco sabía Ortega de nuestro país y de él poco se sabía entre nosotros. Mucho menos conocido entonces que otros conferenciantes de distintas nacionalidades y características –Guillermo Ferrero, Enrique Ferri, Anátole France, Clemenceau, Blasco Ibáñez, Valle Inclán, y el mismo Eduardo Marquina que llegó con él-, en un principio no despertó curiosidad sino en los estudiantes y en los escasos lectores de sus pocos libros. Bastaron ellos, sin embargo, para colmar el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras, y fue suficiente que disertara una vez para que sus oyentes quedaran deslumbrados. [...] Tanto fue el asombro que produjo su primera disertación que para escuchar la siguiente abigarrada multitud se agolpó a las puertas de la Facultad [...] Por primera vez la filosofía era un gran espectáculo público (Noé 1993 [circa 1960]: 106-108).

¹ Recordemos que, aunque originariamente se propone revisar los atemporales problemas filosóficos, la *Revista de Filosofía* acompaña el creciente interés de su director por la intervención política ligada a las izquierdas y desde 1917 otorga cada vez más espacio a la discusión de los acontecimientos políticos: a comienzos de 1917 se lee allí el largo y discutido artículo “Neutralidad imposible” de Lugones a favor de la posición aliada en la Primera Guerra Mundial y en 1918 el célebre discurso de Ingenieros a favor de la Revolución Rusa, e incluso la *Revista de Filosofía* dedica un número a la Reforma Universitaria y otro a criticar la violenta reacción nacionalista de la Semana Trágica. Esta preocupación social de Ingenieros no será menor en el juicio que abre contra las filosofías antipositivistas: éstas son acusadas de tener un carácter excesivamente profesional y abstracto que las desliga de los problemas sociales para ocuparse de entidades casi místicas, como el espíritu y lo trascendental. De todos modos, una figura claramente identificada con el antipositivismo como Saúl Taborda puede publicar en la revista su proyecto de reforma del Colegio Nacional de La Plata; allí el criterio político prima ante el filosófico, pues la propuesta de Taborda tiene un signo de izquierda y busca democratizar el Colegio y conectarlo con otros sectores de la sociedad. Para una caracterización de la intervención científicista de la *Revista de Filosofía*, véase Rossi 1999.

² Véase el artículo del mismo Unamuno “Mi fracasado viaje a esa Argentina” en *La Nación*, 25/07/16. Sobre la Institución y Ortega, véase Campomar 2009.

En esas concurridas conferencias, el madrileño resaltó la caducidad de la matriz positivista con que aquí se continuaba abordando al hombre y sus “manifestaciones espirituales”, al tiempo que instruyó sobre la filosofía idealista (específicamente, el neokantismo de la Escuela de Marburg revisado por los primeros desarrollos de la fenomenología de Edmund Husserl)³ que debían tomar como guía quienes emprendieran la renovación del saber sobre el hombre.

En el ámbito académico local, este tipo de renovación venía realizándose con cierta sistematicidad desde algunas cátedras de la FFyL.⁴ Sobre todo, los reconocidos intelectuales Rodolfo Rivarola y Korn -ligados en un comienzo al positivismo- se habían convertido en los propiciadores de un “retorno a Kant” que implicaba la difusión de las nuevas corrientes idealistas.⁵ De ahí que las afirmaciones de Ortega les ofrezcan una confirmación de su empresa cultural. Pero la presencia del madrileño también constituye un hito en la formación del campo filosófico porque alienta la discusión sobre la definición de la filosofía entre quienes forman la “nueva generación” que en 1918 dará vida a la Reforma Universitaria. Particularmente, la visita de Ortega, junto con la recepción de la filosofía del catalán Eugenio d'Ors, predispone a un grupo de estudiantes de la Facultad de Derecho y de la FFyL a declararse en franco desacuerdo con el positivismo vigente y fundar el Colegio Novecentista (1917-1919). Según veremos, la publicación de estos jóvenes, los *Cuadernos del Colegio Novecentista*, constituirá el intento más articulado de rivalizar con la positivista revista de Ingenieros, especialmente mediante la propuesta de aliar la filosofía a la literatura.

Nuevos filósofos

El debate de la nueva generación en torno del lugar de la racionalidad científica en los nuevos tiempos se abre a la tribuna de discusión de las revistas culturales con la crítica a Ortega que realiza el joven socialista ligado al “idealismo experimental” Alberto Palcos.⁶ Éste publica en la célebre revista *Nosotros* un breve artículo titulado

³ Sobre la revisión del neokantismo realizada entonces por Ortega, véase Presas 1986.

⁴ Fundada en 1896, esta facultad se erigía como la difusora del *saber desinteresado*, pues éste era dejado en un segundo plano por las otras tres facultades de la UBA (Ingeniería, Derecho y Medicina) concentradas en formar a sus estudiantes en las profesiones liberales. Desde 1912, la FFyL cuenta con tres secciones entre las que tienen que optar sus alumnos: Historia, Letras y Filosofía; y también con dos orientaciones: el profesorado y el doctorado (Buchbinder 1997: 21-67).

⁵ En su estudio sobre la recepción argentina de Kant, Dotti (1992) identifica a Korn y Rivarola, junto con Antonio Dellepiane, Ernesto Quesada, Juan Chiabra y los matemáticos Camilo Meyer, Carlos Dieulefait y Enrique Butty, como las “figuras de mediación” en la reacción antipositivista local. Ésta tuvo como marca común una vuelta a Kant desde encontradas doctrinas filosóficas como el neoidealismo, el neocriticismo, el neokantismo, el actualismo, el intuicionismo y las filosofías de la vida.

⁶ Durante 1914 Palcos es el director de los cinco números que edita la revista *Ariel*, órgano del centro homónimo que reúne a jóvenes universitarios asociados al positivismo y el socialismo

“José Ortega y Gasset. El sentido de la filosofía” en el que valora la impronta laica con que Ortega busca renovar la cultura española, pero critica la concepción de la filosofía propuesta por el madrileño, y específicamente la separación de ésta con la ciencia.⁷

En esa presentación y evaluación de Ortega que realiza Palcos quedan condensadas las cuestiones que enfrentarán durante los próximos años a positivistas y antipositivistas. Éstos últimos sostendrían que:

mediante la racionalidad el hombre se aniquila como organismo y como materia y se levanta como razón y somete nuestras pasiones y nuestras apetencias [...] las ciencias no penetran en los dominios de la filosofía, la filosofía se reserva el derecho de analizar los fundamentos de las ciencias que bien pueden reposar sobre arenas movedizas (Palcos 1916: 204).

Palcos identifica a este tipo de planteos con la “filosofía mística”, acusación que también se registra recurrentemente en Ingenieros y su reconocido discípulo Gregorio Bermann. Sostiene aquel que el problema del madrileño es que:

...no está bien empapado en la médula de las doctrinas evolucionistas y [por ello] no es un filósofo de verdad sino un *literato de la filosofía*. En efecto: el determinismo y el evolucionismo, lejos de hallarse en decadencia, pueden considerarse como las dos conquistas más valiosas de la filosofía contemporánea (Palcos 1916: 205; destacado nuestro).⁸

que se proponen difundir la ciencia entre los obreros.

⁷ Sostiene Palcos en el segundo párrafo: “Ortega y Gasset es un artesano infatigable de esa España nueva, de esa España por venir. En sus obras niega la existencia de una cultura española e incita a construirla. Cada nacionalidad constituye un ensayo particular de la vida, según Ortega y Gasset, y en ese sentido anhela que la España forje la suya sobre moldes más amplios que los actuales. Ortega y Gasset advierte la subversión de los valores en España y pugna por su renovación” (1916: 202).

⁸ Una posición similar respecto de la filosofía es difundida por Bermann en su artículo “Las orientaciones de las filosofías contemporáneas”, publicado en *Nosotros* en 1917. Y ya el título de la tesis con que Bermann se doctora en 1919 en Medicina es elocuente respecto de su férrea defensa del positivismo: “El determinismo en la ciencia y en la vida”. Por su parte, Ingenieros en su obra tardía continúa proponiendo un sólido lazo entre filosofía y ciencia, y critica, especialmente a través de la figura de Boutroux, la filosofía mística (véase *Boutroux y la filosofía francesa*, 1922). Si bien en este periodo Ingenieros reformula su positivismo para proponer un científicismo que le concede cierto espacio a la reflexión metafísica, para los antipositivistas su planteo sigue demasiado apegado a lo empírico, como muestran las largas reseñas críticas a las *Proposiciones...* del estudiante Jacinto Cuccaro y del profesor Korn, publicadas en *Verbum* y *Atenea*, respectivamente. En cuanto a Ortega, Ingenieros se mofará en distintos artículos del prestigio local que tiene el madrileño y en general el kantismo. Su argumento central es análogo al de Palcos: se trata de filosofías que promueven un academicismo despreocupado por lo social. En el mismo sentido irá la reseña de Bermann, publicada en 1921 en la *Revista de Filosofía*. a la *España Invertebrada* de Ortega.

El joven reconoce que la cultura científica se encuentra cuestionada por la barbarie que despliega la Gran Guerra, pero se trataría de un eclipse pasajero que no debiera conceder la instalación de filosofías que descarten el estudio científico –determinista y evolucionista- de lo social y propongan en su lugar planteos místicos y literaturizantes.

Sin embargo, la asociación entre literatura y filosofía recusada por Palcos será alentada fervientemente por los antipositivistas locales y terminará hegemonizando los estudios filosóficos luego de que la Reforma Universitaria llegue a la FFyL. Al artículo crítico que reseñamos responde otro en el que los jóvenes Benjamín Taborga y José Gabriel, fundadores al año siguiente del Colegio Novecentista, defienden el proyecto de Ortega y más en general la “filosofía del diletantismo”. Algo mayor que Gabriel, Taborga ya había publicado artículos en los que difundía el proyecto de renovación cultural de d’Ors. Siguiendo a este filósofo catalán, aquel buscaba mostrar que precisamente la última teoría científica, la termodinámica, ofrecía la prueba de la existencia de esa entidad tan discutida entre positivistas y antipositivistas, el Espíritu. La refutación del carácter mecánico del universo que realiza la termodinámica habría iniciado una “revolución cultural” en la historia del espíritu humano: “El principio de Carnot [la irreversibilidad del universo] no reviste otra significación que el de un nuevo y potentísimo esfuerzo hecho por la Naturaleza para escaparse del palacio teórico en que nuestra razón pretende encerrarla” (Taborga 1924: 32).

Según señala d’Ors en *La filosofía del hombre que trabaja y que juega*, recopilación que circula en el ámbito local desde 1915 y retoma insistentemente Taborga en sus artículos, la “plenitud funcional del espíritu” está compuesta por la ciencia pero también por un excedente del determinismo biológico, el juego, “reino de la libertad, que es un imperativo de creencia, de moralidad, de religión” (Taborga 1924: 105). Siguiendo estas tesis, desde Buenos Aires Taborga se propone resolver no sólo la tensión, cara al cientificismo, entre determinismo y libertad, sino además llevar la filosofía al ámbito de la creación estética e incluso alienta una suerte de “filosofía en verso”, expuesta en su libro de poesías *La otra Arcadia*, que publica la editorial del Colegio a comienzos de 1918.

En este debate, tanto científicistas como antipositivistas comparten la preocupación por el desarrollo cultural del país. Pero mientras los primeros identifican la investigación en ciencia experimental como la herramienta de progreso (y toda filosofía que postula un más allá de la racionalidad científica como “mística”), los segundos se apropian de las ideas filosóficas antipositivistas (no necesariamente anticientíficas, como muestra la propuesta orsiana) para ponerlas en relación con la necesidad de una formación del espíritu que abrevia en los ideales éticos y estéticos grecolatinos. Estos ideales, que los antipositivistas no encontraban tan fácilmente en las nuevas corrientes europeas, podían ser tomados en préstamo de algunas producciones modernistas locales, así como de la identidad arielista, pero sobre todo de la operación realizada por Rojas sobre la literatura nacional. Desde su cátedra y su primer tomo de *Historia de la Literatura Argentina*, éste proponía una organización de la producción literaria local que entrelaza el valor literario con la valoración moral, al punto de que las “creaciones espirituales individuales” eran evaluadas según su capacidad de condensar un “espíritu colectivo” y con ello remediar la crisis moral.⁹

Cuando al año siguiente de la visita de Ortega, en junio de 1917, los antipositivistas Gabriel y Taborga convoquen a otros jóvenes universitarios para crear el Colegio, diseñarán una institución filosófica que desplaza el interés por la ciencia para acercarse a la literatura, y más específicamente que evalúa la filosofía y la literatura a partir de una impronta estético-moral ligada a unos recurrentes e imprecisos ideales grecolatinos. Al respecto, afirma uno de los artículos de los Estatutos del Colegio:

⁹ Para un análisis de la emergencia de la literatura nacional en el campo literario, Altamirano 1983.

otro de los mayores defectos de la cultura nacional es el abandono ilegítimo que se ha hecho de los estudios estéticos, circunstancia que por sí sola explica el arte menguado de nuestros tiempos, y no habiendo, en su opinión [del Colegio], otro medio para rehabilitarlo que *el retorno por vía directa a la antigüedad grecolatina*, bregará por un arte libre, en el sentido filosófico de la palabra, que al *asimilar a las ideas contemporáneas los elementos eternos y universales de las grandes culturas clásicas*, realice, bajo los auspicios de la libertad creadora, *la armonía del sentir moderno con la majestuosa pulcritud de la expresión antigua* (*Cuaderno VI 1918: 181; destacado nuestro*).

Mientras los jóvenes ligados a Ingenieros (estudiantes, en gran parte, de Medicina y de Filosofía y Letras) encontraban ese “sentir moderno” en los últimos avances de la biología y el socialismo científico, difundidos ambos por la *Revista de Filosofía*, los novecentistas (estudiantes de Derecho y Filosofía y Letras, mayoritariamente), en cambio, optan por fundar unos *Cuadernos*, de corte filosófico-literario, que intentan la deseada armonización entre lo moderno y lo grecolatino.¹⁰

Mientras que en la larga vida de la revista de Ingenieros no se registra un abordaje sistemático de la literatura, ni se publican versos, los novecentistas no descartan la posibilidad de que la poesía sea la que dé cuenta de los problemas fundamentales de la filosofía, como el de la relación entre la dimensión biológica y la espiritual del hombre. Sobre esa relación se interrogaba en el primer *Cuaderno* la filosofía en verso de Taborga:

El *ser* y el *deber ser*. Ideas y hechos
Siempre en penoso esfuerzo disyuntivo
¿Conciliarán un día sus derechos
Lo pensado y lo vivo?
En nosotros –muy íntimo- perdura
Ese combate. ¿Quién matará a quién?
Si somos alma pura
Somos nervios y músculos también.
Porque tal es la siempre abierta herida
De nuestra vocación:
Siembre que somos fieles a la vida
Somos infieles a Platón (*Cuaderno I 1917: 37*).

Los novecentistas no podrán pensar la filosofía sin una relación estrecha con la ética y la estética. Así, si bien entre la veintena de jóvenes que pasan por el Colegio y publican sus primeros textos en los *Cuadernos* se encuentran figuras que harán una destacable carrera como profesores de filosofía en la UBA y la UNLP (entre ellos, Alberini, Tomás Casares, Adolfo Korn Villafañe, Ventura Pessolano y la única mujer que participa activamente, Lidia Peradotto)¹¹, también forman parte activa de esa institución futuras figuras relevantes del saber

¹⁰ En el estudio citado, Dotti (1992) inscribe al Colegio entre las “figuras de ruptura” en la reacción antipositivista, junto a Coriolano Alberini, Alfredo Franceschi, Jacinto J. Cuccaro, Raúl V. Martínez, Nimio de Anquín, Alberto Rougés, Lidia Peradotto, Carlos Astrada, entre otros. Específicamente, el Colegio es identificado como parte del “primer vanguardismo filosófico”, que tiene una nueva expresión en 1923 con el grupo de la revista *Inicial*.

¹¹ Si bien la mitad del estudiantado de la FFyL se componía de mujeres, Peradotto es la única que participa del Colegio, y la primera en obtener por concurso un cargo de profesora en esa facultad. Entre las razones, seguramente se encuentre el hecho de que mientras la mayoría de

literario, como el germanista Juan Probst, el crítico literario Noé,¹² y los críticos y poetas neoclasicistas Álvaro Melián Lafinur y Jorge M. Rohde.¹³

Además de los versos de Taborda, la apuesta por una filosofía ligada a la literatura se advierte en la nota de Ventura Pessolano de *Cuaderno II*, que elogia el rescate filosófico realizado por Rojas de las producciones literarias clave de la identidad nacional, así como en los “Apuntes estéticos” de Rohde:

[...] que el alma del novecientos se derrame con la limpidez soberanamente hermosa de la edad clásica. Despierte, en esta tierra ‘la progenie nueva con el nuevo canto’: aquel que recoja, dentro de la poesía épica o narrativa, las rapsodias dispersas como flores silvestres en nuestras pampas, y refleje en sus estrofas el sol de la ‘argentinidad’ (*Cuaderno III* 1917: 138)

Esta identificación de la poesía grecolatina como el instrumento filosófico capaz de elevar la cultura nacional será una constante en la profusa producción posterior de este novecentista, que, entre otras cosas, en la década del veinte intenta dar vida a una nueva institución que, a semejanza del Colegio, se inspira en la armonía platónica entre verdad, belleza y bien. En efecto, en rivalidad con la vanguardia estética de la revista *Martín Fierro*, Rohde organiza unas reuniones semanales de lectura y discusión que, según recuerda otro antiguo novecentista, en su persecución de la verdad bella ennoblecían la cultura nacional (Ripa Alberdi 1925: 109-110). Por otra parte, una formulación clara de la apuesta novecentista la ofrece el breve manifiesto “¿Qué es el novecentismo?” (firmado por “La redacción”, pero seguramente proveniente de la pluma de Korn). Allí los jóvenes declaran:

Queremos que la ciencia con su criterio amoral no sea sierva de apetitos y concupiscencias, que no sofoque los impulsos más nobles del alma humana, queremos que sea instrumento de una voluntad ética, queremos oponer al utilitarismo vulgar altos valores estéticos, queremos que la cultura nacional ascienda un tramo.

Para afirmar un párrafo más abajo sobre el credo que reemplazará al positivismo:

las mujeres seguía el profesorado para luego enseñar en colegios secundarios, desde sus primeros años como estudiante Peradotto se liga a la investigación que realiza Alfredo Franceschi desde su cátedra de Lógica y se orienta por el doctorado.

¹² Preocupado por la construcción del periodismo cultural y de una crítica literaria capaces de subrayar la evolución de la cultura argentina, Noé publica en 1923 *Nuestra literatura* y en 1926 la pionera y discutida *Antología de la Poesía argentina moderna*, donde muestra una clara admiración por el modernismo, pero también admite el coloquialismo porteño y los ultraístas. La crítica que construye no trabaja con textos como la actual, sino con “las almas de los escritores de quienes hace una serena actualización” (Prólogo de Jitrik en Noé 1993: 10), una tarea que encuentra su justificación en el intento de instalar una cultura que responda a los cánones de la alta cultura europea.

¹³ En los veinte, Rohde publica los cuatro tomos de *Las ideas estéticas en la Literatura Argentina* (1921-1924), una historización de las influencias estéticas europeas que –rivalizando con la impronta evolutiva que Rojas retoma de Taine– erige como su padrino al clasicista Menéndez Pelayo. A lo largo de su prolongada trayectoria, aquel persistirá en la construcción de una literatura que abreva en lo grecolatino para ofrecer principios estético-moralizantes reactivos a la modernidad. Para un tratamiento de ese proyecto, véase Gasquet 2007: 233-267.

¡Y lo hallaremos bajo los auspicios de la libertad creadora! Lo realizaremos en la obra de arte como en la obra honestamente pensada y sobre todo en la afirmación consciente de la propia personalidad (*Cuaderno III* 1917: 129-130).

Para realizar esa “afirmación consciente de la propia personalidad”, los noventa cuentan, además de los *Cuadernos*, con una editorial que pone en circulación las obras de los jóvenes. Y subrayemos que de las cinco obras que el Colegio logra editar, sólo la última, *El Estado y la religión*, es estrictamente filosófica, un texto de orientación neotomista perteneciente a Casares. Las otras cuatro son de carácter literario: los mencionados versos de Taborga *La otra Arcadia*, los *Cantos* de Rohde, las *Impresiones* de Alberto Britos Muñoz y la novela *El irredimido* de Korn Villafañe. En consonancia con el artículo citado de los Estatutos, la literatura no tiene en esas producciones un carácter recreativo, sino formativo. Específicamente, los libros de la editorial del Colegio parecen responder a esa urgencia de dignificar la condición humana señalada, entre otros textos, por el manifiesto “Socialismo ético” (firmado por “La redacción” y actualmente atribuido a Korn):

La solución ‘científica’ [propuesta por Marx] no resuelve sino una parte del problema y exige para completarse una solución ética. [...] Urge fundar las aspiraciones económicas de la sociedad actual en una ética que sea expresión ideal de una personalidad consciente y libre. Solamente valores éticos y estéticos, no valores económicos, pueden dignificar la condición humana (*Cuaderno IV* 1918: 5, 7).

Esta opción por las Letras –en lugar de la Ciencia- que decide una institución filosófica como el Colegio aparece particularmente desarrollada en la obra de los noventa Taborga y Héctor Ripa Alberdi. Ambos se preocupan por difundir una lectura exegética de las últimas corrientes filosóficas, pero también se reconocen como poetas y publican versos en los que se destaca la admiración por la cultura clásica y la preocupación por los problemas filosóficos.¹⁴

Declaraba el segundo, en el discurso de inauguración de la efímera sede platense del Colegio, sobre el programa filosófico noventa:

Y así como [el amor] llevó a la punta del cincel antiguo un inefable temblor de emoción bella, también ha de traer la misma inquietud misteriosa, cuando nuestra frente se incline a labrar el pensamiento, síntesis excelsa de la meditación tranquila. Amor a la armonía serena, amor a la belleza pura y a la concepción filosófica: todo, bajo la diáfana claridad de una orientación idealista (*Cuaderno VIII* 1919: 178).

¹⁴ Durante la década del veinte, además de participar de la “academia platónica” de Rohde, Ripa es profesor ayudante en la cátedra de filosofía que dicta Korn en la UNLP, y para muchos su muerte temprana imposibilitó que se convirtiera en el sucesor del maestro. Por otra parte, la destacada participación de Ripa en la Federación Universitaria de La Plata decide su elección para formar parte de la comitiva que representa a la juventud universitaria argentina en el primer Congreso Internacional de Estudiantes, realizado en México a fines de 1921. Allí y en su viaje posterior por Lima, Ripa entabla amistad con importantes figuras del progresismo reformista como Pedro Henríquez Ureña y José Carlos Mariátegui.

Deudores de lo que conciben como una impronta platónica, para estos filósofos-poetas, al igual que para otros antipositivistas, la verdad no se liga en última instancia a lo biológico, como propone la revista de Ingenieros, sino que forma parte de la tríada que se completa con el bien y la belleza.

Si bien el Colegio se desintegra hacia fines de 1919, la afinidad entre filosofía y literatura que instala en los estudios universitarios consigue perdurar, pues en el marco de la Reforma Universitaria muchos de los novecentistas ingresan como profesores en la carrera de filosofía de la UBA y la UNLP, y desde allí promueven un perfil de filósofo que combina la recepción de ideas antipositivistas, la admiración por lo grecolatino registrada en ciertas zonas de la literatura modernista y también la exclusiva filiación de la cultura argentina con la alta cultura europea, descartando con ello la posibilidad de incorporar productivamente a la reflexión filosófica elementos locales.

En ambas facultades, la psicología sale del laboratorio para ofrecer una aproximación a la dimensión trascendental del hombre; la estética también aparece ligada a lo trascendental en lugar de asociarse a un refinamiento del gusto del hombre culto; y la discutida metafísica deja de ser un asunto problemático para tener un espacio curricular propio. En cuanto a la UNLP, los antipositivistas consiguen en 1920 cambiar la denominación científicista de “Facultad de Ciencias de la Educación” por la actual en la que las Humanidades no se identifican explícitamente con una condición científica y preceden a las “ciencias de la educación” (Graciano 2008: 59-60). En la FFyL de la UBA, aquellos deciden un perfil de egresado identificado con el “humanismo clásico”. En efecto, luego de la tensa disputa en torno a la renovación de los planes de estudio, el conocimiento del griego y del latín continuará siendo obligatorio en los estudios filosóficos (Buchbinder 1997: 113-122); y ello contra la posición a favor de un “humanismo moderno” de Ingenieros, Bermann y otros científicistas, que –en sintonía con la nota de Palcos de 1916- sostienen públicamente que no son las lenguas clásicas las que forman el espíritu y permiten solucionar los problemas culturales de la nación, sino el conocimiento de la ciencia moderna.

Hacia una filosofía argentina

Hacia fines de la década del diez, la alianza de la Filosofía con las Letras ligadas a lo grecolatino le permitía a la “vanguardia filosófica” disputar la hegemonía positivista con herramientas más difundidas y accesibles a los mismos interesados que la propuesta de una filosofía vuelta sobre sí misma, como la neokantiana –y la que terminará de profesionalizar los estudios académicos locales-. En efecto, en nuestro incipiente campo filosófico todavía no existía, ni entre positivistas ni entre antipositivistas, una formación especializada que pudiera valorar la tradición de problemas abstractos como los que proponen en las primeras décadas del siglo XX la Escuela de Marburg y la fenomenología de Husserl y Martin Heidegger. En cambio, recogiendo la tarea iniciada por la generación del 37, una fracción de la “nueva generación” tendía a creer que la filosofía podía proporcionar a la nación una cultura que remediara la “crisis moral”. Y si esos jóvenes estaban seguros de que para ello la filosofía debía abrirse a cuestiones metafísicas y gnoseológicas que el científicismo no dejaba pensar, aquellos podían retomar no sólo las nuevas corrientes europeas, sino también parte de esa cultura estética ligada a lo grecolatino que permeaba varias de las producciones literarias y mostraba su eficacia para fundar la literatura nacional.

Finalmente, la alianza de los filósofos locales con lo grecolatino corría el riesgo de propiciar una lectura rápida y superficial de los problemas abstractos de la tradición filosófica (efectivamente habrá que esperar algunas generaciones de filósofos locales para encontrar una lectura penetrante de Kant, Husserl y Heidegger, por nombrar a los tres filósofos que más circulación tuvieron en nuestro ámbito en el siglo XX). Pero también, si se relativizaba la fuerte identificación con el modelo europeo, esa aproximación en clave local abría la posibilidad de una lectura original, como la que se registra en España con Ortega y en nuestro país con Carlos Astrada.

Bibliografía

- AAVV (1917-1919). *Cuadernos del Colegio Novecentista*.
- Alberini, Coriolano (1973). "La reforma universitaria y la Facultad de Filosofía y Letras". *Escritos de Filosofía de la Educación y Pedagogía*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía.
- Altamirano, Carlos (1983). "La fundación de la literatura argentina" en Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, CEAL.
- Buchbinder, Pablo (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Eudeba.
- Campomar, Marta (2009). *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Dotti, Eugenio (1992). *La Letra gótica. Recepción de Kant en Argentina desde el romanticismo hasta el treinta*, Buenos Aires, FFyL.
- Gabriel, José (1921). *La educación filosófica*, Buenos Aires, Ediciones del Centro de Derecho y Ciencias Sociales.
- Gasquet, Axel (2007). *Oriente al sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*, Buenos Aires, Eudeba.
- Graciano, Osvaldo (2008). *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina (1918-1955)*, Bernal, UNQUI.
- Ingenieros, José y Aníbal Ponce (1915-1929). *Revista de Filosofía. Cultura, Ciencia y Educación*.
- Jalif de Bertranou, Clara (1974-1978). "El desarrollo de los estudios epistemológicos en la Argentina. Benjamín Taborga; 1889-1918". *Cuyo. Anuario de Historia del pensamiento argentino* 10-11: 65-84.
- Korn, Alejandro (1983). "La filosofía argentina". *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Solar.
- Noé, Julio (1993). *Escritos de un lector*, Buenos Aires, FFyL.
- Palcos, Alberto (1916). "José Ortega y Gasset. El sentido de la filosofía". *Nosotros* 87: 202-205.

Presas, Mario (1986). "La fenomenología inicial de Ortega y su superación en el sistema de la razón vital". *Revista de Filosofía y Teoría Política* 26-27: 145-150.

Ramaglia, Dante (2004). "Crisis de la modernidad y constitución de la filosofía. El diferendo positivismo-antipositivismo en Ingenieros y Korn". Hugo Biagini y Arturo Roig, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Tomo I. Identidad, utopía, integración (1900-1930). Buenos Aires, Biblos.

Ripa Alberdi, Héctor (1925). *Obras completas*. Tomo I. Prosa, La Plata, Grupo de estudiantes Renovación.

Rossi, Luis (1999). "Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina". Prólogo a la edición facsimilar de *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencia y Educación*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.

Taborga, Benjamín (1924). *Obras completas*. 2 tomos, Buenos Aires, Calpe.

Terán, Oscar (2008): *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales*, Buenos Aires, Siglos XXI.

Vallejos, Gustavo (2001): "El culto de lo bello" en Biagini (comp.), *La universidad de La Plata y el movimiento estudiantil desde sus orígenes hasta 1930*, La Plata, UNLP.

Vásquez, Karina (2000): "Intelectuales y política: la 'nueva generación' en los primeros años de la Reforma Universitaria", en *Prismas*, nº 4, Quilmes.